

Charles Robert Maturin: BERTRAM o El Castillo de San Aldobrando (15)

IMOGENE, manifestando una gran agitación.

¡Sois generoso! ¡Apuñaladme!

ALDOBRANDO.

¡Dios! ¿Qué queréis decir con eso? Nunca llegaré a comprender los inconstantes caprichos de las mujeres... Ni sus lágrimas sin dolor, ni sus sonrisas sin alegría. He transcurrido demasiado tiempo dedicado a los menesteres de la guerra; un pesado yelmo ha blanqueado los cabellos de mi juventud; su agobiante carga me ha advertido del paso de los años, marcando mi frente con profundas arrugas. No aspiraba a otra cosa que a descansar en paz en el seno de mi hogar, a veros siempre dichosa, y a transcurrir mis días entre los recuerdos del pasado y la dulce esperanza del porvenir, en un reposado ocio, feliz de morir disfrutando finalmente de una honorable vejez, estrechando vuestra mano fiel, y contemplaros todavía, aún entre las frías garras de la muerte, con ojos llenos de amor.

IMOGENE.

Jamás... jamás llegaréis a fijarlos sobre mí. El corazón es profético, cuando lo inspira el dolor, y nunca llega a equivocarse. Anuncia un fatal desenlace incluso en medio de ilusorias alegrías. ¡Estoy muriendo, Aldobrando! Un mal invisible que ya no encuentra consuelo, socava mi existencia. No me miréis con ese aire de bondad que sólo aumenta mi dolor. Cuando me veáis pálida, fría y envuelta en un sudario, que tan fácilmente puede atravesar el dardo envenenado de la maledicencia, no prestéis oídos a aquellos comentarios sobre quien ya no estará en situación de defenderse. Escoged como compañera a una mujer que sea tan honrada como vos y pueda vivir felizmente bajo vuestra protección... Y en caso de que no muera sobre la tumba de su madre, amad a nuestro hijo así como lo amáis mientras yo vivo...

ALDOBRANDO.

Alejad de vos esas tristes ensoñaciones. El tedio de la soledad ha colmado vuestro espíritu de mortificantes pensamientos. Ya no seréis abandonada a vuestra negra melancolía. ¡Venid, querida amiga, venid a mi lado!...

IMOGENE.

Alejaos... Dejadme... Perdonadme, ¡oh, esposo mío! He formulado votos... Podría mi alma perjura perderse en un eterno abismo, si alguna vez llegara a aproximarme al lecho de la paz y del honor, antes de que...

ALDOBRANDO.

¿Antes de qué?...

IMOGENE.

Antes de que mi penitencia sea enteramente cumplida.

ALDOBRANDO.

¡No sería complacer a Dios, si yo contrariara vuestros religiosos pensamientos! Pero aún en el ejercicio doloroso de la penitencia, pensad en vuestro amigo, y no abuséis de vuestro débil cuerpo.

IMOGENE.

¿Y quedarme con vos, con esta dulzura que me mata?

ALDOBRANDO, a Clotilde que sale.

Llamad a mi paje, para que porte una antorcha y me conduzca hasta mis aposentos.

IMOGENE, cayendo de rodillas en un impulso súbito.

Pero antes de partir, querido esposo, concededme vuestro perdón.

ALDOBRANDO.

¿Que yo os perdone?... ¿y por qué?

IMOGENE.

¡Oh! ¡Suelen cometerse faltas hasta en los más dulces matrimonios! Y, si al final de cada jornada plena de felicidad se tuvieran en cuenta los pensamientos y palabras amargos, las severas miradas, los sombríos silencios, ambos deberían prosternarse y pedirse mutuamente perdón... En caso contrario, ¿qué otra cosa podría hacer?

ALDOBRANDO, sin escuchar sus últimas palabras.

Yo os perdono en todo aquello que vuestra sensibilidad, extremadamente delicada, os pueda llegar a reprochar. ¡Y excuso gustosamente aquellas faltas que jamás han perturbado la felicidad que os debo!

IMOGENE, siguiendo de rodillas y besando su mano.

¿Me perdonáis desde el fondo de vuestro corazón? ¡Que Dios bendiga vuestra misericordia! ¡Oh! ¡Que Dios bendiga vuestra misericordia!...

ALDOBRANDO.

¡Adiós! Los ojos se me cierran, y la tristeza que emana de vuestras palabras ha atormentado mi corazón. Iré a buscar un retiro solitario. Adiós.

(Sale ALDOBRANDO.)

IMOGENE.

No hay corazón humano que pueda resistir este combate. Todo me parece horrible y sombrío. ¡Bertram deberá morir entre estos muros, bajo mis propios ojos! ¡Yo, que hubiese elegido morir por él, cuando valía la pena vivir!... ¡No, él no debe morir! ¡Venid, Clotilde, venid! Aún podría ser salvado; que parta de aquí, que ruegue por el alma de aquella que ha perdido. Escucho unos pasos... Podría tratarse simplemente de una ilusión... ¡Oh, no! se asemeja a aquellos que tantas veces han resonado en mi agitado corazón... son sus pasos... ¡es él quien se acerca! (Entra BERTRAM.) Es un crimen para mí sólo mirarte, pero ahora todas mis acciones son un crimen. Y, sin embargo, mis desdichados pensamientos se ocupan solamente de procurar vuestra salvación... ¡Mientras aún yo pueda daros un consejo sin cometer por ello un nuevo crimen! ¡Ojalá que nunca hubieseis traspasado estos muros, o los hubieseis dejado más temprano! ¡Mi Dios! ¡Ni siquiera me mira! ¿Qué os trae por aquí? ¿Qué proyecto os domina? Os conozco... es algo malo... Pero, ¿qué designio?

BERTRAM.

Adivinadlo, y perdonadme... (Una pausa, durante la cual ella lo mira fijamente.) ¿Acaso no podéis leerlo en mi rostro?

IMOGENE.

No me atrevo... Un vendaval de ideas sinietras me oculta tus pensamientos; pero aquello que mis temores alcanzan a hacerme ver indistintamente, me paraliza de espanto. (Ella se aparta.)

BERTRAM.

¿Nada llegáis a advertir en mi silencio?... Lo que mi boca no dice, se anuncia por sí mismo.

IMOGENE.

Mis sentidos abatidos no tienen sino un motivo que temer. Tienen miedo de verse obligados a pensar...

BERTRAM, arrojando su daga al suelo.

¡Hablad por mí! (A Imogene.) ¡Indicadme el lugar donde duerme vuestro marido! ¡La aurora no deberá encontrarnos vivos!

Continuará...

Traducción: Juan Carlos Otaño.



DAZET

Je passe pour le loup-garou ici — D.A.F. DE SADE.



Nº 39 - BUENOS AIRES/2022 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

Alrededor de un poema de Alejandra Pizarnik.



la jaula se ha vuelto bajero
y se ha volado

alguna vez de un costado de la luna / verás caer los besos que brillan en mí / las sombras sonreirán altivas / luciendo el secreto que gime vagando / vendrán las hojas impávidas que / algún día fueron lo que mis ojos / vendrán las mustias fragancias que / innatas descendieron del alado son / vendrán las rojas alegrías que / burbujan intensas en el sol que / redondea las armonías equidistantes en / el humo danzante de la pipa de mi amor.

ALEJANDRA PIZARNIK (Más allá del olvido, 10 de sept. 1955).

Elegí deliberadamente este poema en el que Alejandra parece ceder a la fantasía de recrear un mundo y un tiempo en el que ella estaría «ausente», porque deseo replicar una incriminación que me parece muy injusta y, al mismo tiempo, muy difundida. Y es aquella según la cual «la idea del suicidio está presente como idea rectora en la poesía de Alejandra.»¹ Dicho esto, por mi parte, sin la menor intención de abrir un juicio moral acerca de la idea y el acto del suicidio; y asimismo, aún antes de considerar si Alejandra murió o no a causa de este acto, pues, en todo caso, creo que nada podría ser más mortal — incluido el suicidio — que este intento por invalidar una poesía sobre la base de una sospecha. No solo es lamentable este método de fisgón y polizonte dedicado a rastrear, lupa en mano, como si se tratase de una presunción criminal o de un informe psiquiátrico, sino ruinoso también, el querer adjudicarle a la poesía una *finalidad última y determinante* (así fuese la de la «muerte» o la de la «vida»). Me interesa sobre todo, como un intento de primera aproximación, ocuparme un poco en cuestiones de esta índole. No las creo del todo ajenas al propósito de estas reflexiones, sobre todo, porque al estar planteadas las cosas de este modo, hoy en día se hace muy difícil abordar un texto dejado por Pizarnik — sin un mínimo, digamos, de *desprejuicio*.

Al pensarse, en fin, en estos versos de apariencia arborescente cuyos giros y tropismos tal vez evocan jardines de la infancia, mundos sepultos tras el fárrago de las circunstancias en un universo

ya manifiestamente concentracionario, se oculta sin duda una vislumbre de lo maravilloso. Pero de un maravilloso que no es precisamente un «lugar propicio para la evasión», ni un querer refugiarse en alguna parte. Tampoco se trata de un «recurso literario», sino de algo que dignifica al ser humano:

«Una de las frases que más me obsesiona la dice la pequeña Alice en el país de las maravillas: *Solo vine a ver el jardín*. Para Alice y para mí el jardín sería el lugar de la cita o dicho con palabras de Mircea Eliade, *el centro del mundo*. Lo cual me sugiere esta frase: El jardín es verde en el cerebro. Frase mía que me conduce a otra siguiente de Georges de Bachelard que espero recordar fielmente: *El jardín del recuerdo, sueño perdido en un más allá del pasado verdadero*.»²

Por cierto lo maravilloso no es en modo alguno un sedativo, así como la infancia tampoco un lecho de rosas; pues exige que no deba resistirse al influjo de unos signos placenteros y reparadores, portadores de un abrumador cúmulo de dichas y delicias anticipadamente saboreadas; la realidad obstruye e intenta desmentirlo por todos los medios pero, al no conseguirlo, incluso lo exacerba y amenaza con conducirlo hacia el paroxismo. Este paroxismo o tentativa de una idea límite, encuentra su resolución inconsciente y su objeto en un *acto de comunión total con el ser amado* — por otra parte entrevisto, graciosa y amorosamente, en la última frase del poema.

JUAN CARLOS OTAÑO.

1. C. PIÑA, *La palabra como destino. Un acercamiento a la poesía de Alejandra Pizarnik*. Ed. Botella al Mar, Buenos Aires, 1981.

2. A. PIZARNIK, «Algunas claves», entrevista con Marta Isabel Moia, Buenos Aires, nov. 1973.

Nuevos coloquialismos incorporados por la RAE.



CALVA: Su calva era sincera. (C)

DIRECCIÓN: ¿En qué dirección se encuentra ese falansterio, o burbuja, o taberna donde ella baila? (B)

ESPEJO: ¿Qué es el espejo y hasta donde

se lo mira? (C)

GRACIA: Gracia hipersensible inigualable. (A)

HIPERBÓREO: Llegó el hiperbóreo que habita el espacio entre la constelación de Rayuela y la de Perinola. (B)

HOMBRE: Un hombre con cabeza y cara de huevo de pascua. (A)

MANO: Una mano asomaba detrás de un cortinado y mostraba una bola de color dorado. (B)

MUJER ARAÑA: La mujer araña, mucho más bella que una artimaña. (C)

OASIS: El oasis cómodo del matrimonio. (A)

ORGASMO: Tendrás orgasmos de árboles llenos de manzanas bajo otros soles y otras lunas. (B)

POSTALES: Postales de naturaleza darwiniana. (B)

Glosario compuesto con fragmentos de relatos de Gerardo Balaguer, publicados e inéditos: «Siempre existen misterios» (A); «En un plato volador» (B); «Absorto en el zapallo» (C); «Motel Castle» (D).

El retorno de la primavera (*)

Apenas tenía quince años, tal vez dieciséis: una noche en París estaba sentado en un profundo sillón de cuero. Observé, a través de las ventanas, donde a veces batía una persiana, nubes de un color azul oscuro que cruzaban un cielo rojizo. Una brisa de lluvia sacudía unas rígidas ramas frente a los muros de cemento, contra el pálido zinc de una azotea.

De pronto, algo en mí pensó: «Esto podría seguir existiendo, la oscuridad de la sala y este sillón, y todo lo demás, sin que tú estés aquí para apreciarlo. Todo esto un día podría seguir existiendo, y tú...» Traté de sustraerme a ese espectáculo, pero era reducirme a la nada. No había hecho más que abrir, en algún lugar de mi cuerpo, un espantoso agujero incoloro. Esta ausencia sin nombre, por algunos segundos o minutos, me advertía que estaba tocando el fondo de la eventual «supresión»: la pura nada.

Lo que me había perturbado no había sido el pensamiento de la muerte — lo que ya me había acontecido — sino el descubrimiento de esta posibilidad de realizar, de pensar plenamente sobre mi propia muerte (al menos sobre lo que esta experiencia me comunicaba). Más tarde, iba a conocer mi relativo error. Lo que había experimentado no era mi muerte como acontecimiento, era la negación de mi vida. La

muerte de un ser particular, en quien sin embargo reside todo el reverso de la realidad que constituye, no encierra ninguna verdad teórica, ya que es literalmente inconcebible. Su verdad histórica consiste solamente en su «último instante», no en lo que simula o sigue a ese instante.

Entonces, esta oscuridad penetró en mí profundamente. Pero, surgiendo a una edad en que tomaba conciencia del movimiento de mis ideas y deseos, y dio sus frutos. Pronto me encontraba frente a un dilema de «moralidad» práctica, cuyo tono era fijo, antes de que pudiera formularse en estos términos: «¿Debo perderme en el curso de las sucesivas oportunidades, o escalar alguna cumbre desde donde pueda contemplar todas las cosas de un modo no temporal?» Esta preocupación salió a la luz en un orden poético, ya en 1946, cuando titulé un archivo de notas, borradores y hasta una acuarela, con esta fórmula tan límpida como para esconder una trampa: *El Retorno* (var.: *el Retraso*) *de la Primavera*. (**)

GÉRARD LEGRAND.

(*) *Préface au Système de l'Éternité* (fragm.), Eric Losfeld, París, 1971.

(**) *Le Retour du Printemps*, Le Soleil Noir, París, 1972.

La búsqueda del tesoro perdido.

Cuando lo real no alcanza, lo que es no alcanza, *el espejo de las maravillas surrealista* aparece en ciertas piezas, una estrella incandescente se levanta en medio de la mañana, una oscura, parda, se alza luego hacia la tarde, y el principio siempre es ese: el automatismo, porque sólo cuando el hombre se deja ser poseso, sólo cuando alza una negativa total, sólo allí hace todo el bagaje de la vida, y la dobla.

La poesía es surrealista. Ella invierte el tiempo de modo que no se es más un extraño; uno avanza con presentimientos.

Ya el cielo se abre, la noche se asoma, el día reverdece, la tarde se hiela con un fulgor de fuga. La poesía en fin se alza contra toda esta paparruchada, como un ente autónomo; quien entra aquí, será *cargado*.

Y sólo en la cuestión de los espejos, sólo en el sueño del doble. Porque así en una operación matemática simple, el mundo pierde sus góndolas, una razón de vida se asoma. Todo está destellado de una nueva lucidez, el cambio cualitativo siempre sorprende.

¡Heme aquí gritando estas ideas en un atardecer florido!

TOMÁS TOGNI.

na. (B)

SOL: En el centro de la astronomía, el sol es un disco psicodélico. (B)



SOMBRA: Una sombra detrás de ellas atravesaba en puntillas el corredor. (D)

SUFRIMIENTO: Su padre no era malo, pero cuando era chico sufrió mucho con la helada. (D)

TIERRA NEGRA DE KEMET: La tierra negra de Kemet hablaba de noche, con labios rojos de un sol negro. (B)



WHISKY: De no haber tomado whisky con cubitos, le hubiera visto la cara al diablo. (A)

GERARDO BALAGUER.



GERARDO BALAGUER, *Bellas Artes*.

‘Nagogia.

Las alucinaciones hipnagógicas, caracterizadas por Alfred Maury como aquellas «imágenes o sensaciones fantásticas que se producen cuando nos sorprende el sueño o estamos sólo imperfectamente despiertos», han encontrado un precioso derivativo en una reciente publicación llegada desde Canadá: ‘Nagogia, con textos de Jason Abdelhadi e ilustraciones de Steven Cline.

Adjudicadas, desde el punto de vista *clínico*, a estados de fatiga, neuralgia o incluso alteraciones fisiopatológicas; abordadas por Breton en el *Manifiesto Surrealista* partiendo de la famosa imagen en duermevela: «Hay un hombre a quien la ventana ha partido por la mitad», la obra recoge los frutos de estas visiones automáticas, orientada a explorar sus precipitados. Los resultados, obtenidos a partir de una serie de «sesiones de sueños simulados»,



han sido agrupados en tres grandes grupos:

1. *Auditivos* (Sección I): «Centrados en un registro de las “voces”»;
2. *Visuales* (Sección II): «Imágenes hipnagógicas e ideas inmediatamente asociadas»;
3. *Cinematográficos* (Sección III): «Se intentan sintetizar ambos métodos en una especie de “film”».

El conjunto, un valioso testimonio de Jason Abdelhadi (miembro del grupo surrealista de Ottawa),

propone la sistematización y renovadas prolongaciones para una práctica en el surrealismo hasta ahora apenas esbozada. Se hojea el opúsculo con un auténtico placer, como si se tuviese entre las manos, rescatada del fondo del mar, una rara versión del Mecanismo de Anticitera (J.C.O.).



ROBERT TAYLOR: — ¡Mira qué hermosa luna hay en Saigón!... ¿Siempre es así?

HEDY LAMARR: — No. Solamente de noche.

(*Lady of the Tropics*, 1939).



...Uno de los aspectos esenciales de la devoción contemporánea consiste en manifestar un fervor proporcionalmente inverso a la realidad de la relación mantenida con el objeto de esta devoción. Así sucede hoy con los devotos del surrealismo, que oscilan entre los pingos del joven antiguo combatiente y los del viejo *boy-scout* que perdió su jauría poética. El situacionismo no sale mejor parado por haberse vuelto en algunos años el credo del cinismo dominante.

ANNIE LE BRUN, *Del exceso de realidad*.

Adiós.

Adiós a este gran puente a estas horizontales a sus arcos sus muros y escaleras a sus hierros pintados de rojo y balastradas adiós a este gran puente que baña sus pies

adiós a la casa y a sus verticales, a su techo malva y sus persianas grises, a su radio dominical enajenada, adiós a la casa de la que partí

adiós a esta ciudad y a su vida oblicua a sus adoquines muy desnudos a su asfalto negro a sus grasientos esqueletos a sus huesos mefíticos adiós a esta ciudad donde mi memoria se muere



RAYMOND QUENEAU.

que una piedra de chispa me podría servir lo mismo, sumergiéndola en vinagre durante un día, y que aplicada después sobre la muela, calmaría mis dolores. Laurencio me dijo que mi vinagre era excelente y que yo mismo y que yo mismo podría hacer lo que decía, para lo cual me entregó tres o cuatro pedernales que sacó de su bolsillo. Una fuerte hebilla de acero que yo tenía en el cinturón debía servirme de eslabón. Me faltaba, pues, obtener azufre y yesca; estos dos objetos absorbían todas mis facultades. La fortuna vino por fin en mi ayuda.

«Yo había tenido una especie de sarampión que al secarse me había dejado en los brazos unas manchas rojas que algunas veces me causaban picazones molestas. Dije a Laurencio que pidiese algún remedio al médico, y al día siguiente me trajo un billete que el secretario había leído y en el que el médico recetaba: “un día de dieta y cuatro onzas de aceite de almendras dulces, y la piel curará; o una untura de flor de azufre, pero este tópico es peligroso”.

«Yo me burlo del peligro — dije a Laurencio; compradme de ese unguento o traedme azufre, porque tengo aquí manteca y yo mismo haré el unguento: ¿tenéis pajuelas?, dadme.

«Se encontró algunas en los bolsillos y me la dio...

«Empleé muchas horas en exprimir mi genio para hallar un medio de reemplazar la yesca, único elemento que me faltaba y que no sabía con que pretexto pedir, cuando recordé que había encargado a mi sastre la pusiera en las sobaqueras de mi casaca, para evitar que al sudar ensuciase y consumiese la tela. Esta casaca, completamente nueva, estaba delante de mí; mi corazón palpitaba porque quizás el sastre no la había puesto y yo vacilaba entre el temor y la esperanza. No tenía más que dar un paso para convencerme, pero este paso era decisivo y no me atrevía a darlo. Por fin me acerqué y sintiéndome casi indigno de esta gracia, caí de rodillas y pedí a Dios con fervor que el sastre no hubiese olvidado mi orden. Después de esta fervorosa plegaria, tomé la casaca, descosí la tela y encontré la yesca. Mi alegría llegó al delirio.

«Disponiendo de todos los elementos, bien pronto tuve la lámpara. Júzguese la satisfacción que expe-

rimenté al haber creado, por decirlo así, la luz en el seno de las tinieblas, y la no menos dulce de desobedecer las órdenes de mis infames opresores.» (CASANOVA DE SEINGALT, *Memorias*).



XII. ORIENTACIÓN.

[...] «Si no encontrara cosa mejor, fijaría mi atención en un mirto o buscaría algún melancólico ciprés para trabar amistad galante con su sombra.» (LAURENCE STERNE, *Viaje sentimental*).

XIII. EL ESPÍRITU DEL TIEMPO.

El último documento, una verdadera joya, es un testimonio del año mismo de la muerte de Hölderlin. Algo en él deja turbado el ánimo: parece una broma pesada que Hölderlin jugara al cándido visitante.

J.E. Fischer, informa de su visita a Hölderlin en el año 1843:

«Mi última visita tuvo lugar en abril de 1843.

«Como debía salir de Tübingen en mayo le pedí algunas líneas. Y él me dijo: “Como desee su Santidad. ¿Debo escribir sobre Grecia, la Primavera, el Espíritu del Tiempo? Yo le pedí esta última. Con los ojos brillando con un fuego juvenil, se acomodó en el pupitre, tomó una gran hoja, una pluma nueva y escribió, escandiando el ritmo con los dedos de la mano izquierda sobre el pupitre y exclamando un “hum” de satisfacción al terminar cada línea, al tiempo que movía la cabeza en signo de aprobación...»

(Selección de J. C. OTAÑO).



Gramática. *El hombre no es el único que habla — también habla el universo — todo habla — lenguajes infinitos. / Teoría de las signaturas.*

NOVALIS.

Persecución del objeto.

I. KANT, LOS ÁLAMOS Y LA TORRE.

[...] «Al volver del paseo, se sentaba a la mesa de la biblioteca y leía hasta el anochecer. En esta hora de luz indecisa, tan grata al pensamiento, descansaba reflexionando tranquilamente en lo que había leído, si el libro valía la pena, o bien preparaba su lección del día siguiente o redactaba algunas páginas de la obra que tuviera entre manos. Mientras reposaba, invierno y verano en el mismo sitio, junto a la estufa, miraba por la ventana la antigua torre de Löbenicht: no puede decirse sin propiedad que la viera, sino más bien que descansaba en ella los ojos [...] Faltan palabras para expresar el placer que le daba la vieja torre al caer la noche, mientras se hallaba sumido en una actitud silenciosa y meditativa. Al cabo se pudo apreciar lo importante que había llegado a ser esta costumbre para su tranquilidad, pues habiendo crecido tanto los árboles del jardín vecino que llegaron a ocultar la torre, Kant se sintió tan inquieto y molesto que no le fue posible continuar sus meditaciones. Por suerte, el dueño del jardín era persona considerable y amable, gran admirador de Kant por añadidura, y en cuanto se enteró de lo ocurrido dio órdenes de podar los álamos. Así se hizo; volvió a divisarse, a lo lejos, la torre de Löbenicht y Kant, recobrada la calma, logró reanudar en paz sus meditaciones del atardecer.» (THOMAS DE QUINCEY, *Los últimos días de Kant*).



II. LA BATA VIEJA.

«¿Por qué no la he conservado? «Estaba hecha para mí, y yo para ella. Se amoldaba a todos los pliegues de mi cuerpo sin molestarlos; yo estaba en ella hermoso y pintoresco. La nueva, fea y estirada, me convierte en un maniquí [...]. Si un libro estaba cubierto de polvo, uno de sus faldones me servía para limpiarlo; si la tinta, por espesa, entorpecía mi pluma, ella se ofrecía para enjuagarla. Se veían en ella largas y

numerosas rayas negras, dando testimonio de los frecuentes servicios que me había prestado.» [...] (DENIS DIDEROT, *Consideraciones sobre mi bata vieja*).



III. «DEL ARREGLO QUE HICE...»

[...] «Del arreglo que hice resultaron las dos primeras partes de *Julia*, que escribí y puse en limpio durante este invierno con un placer inexplicable, empleando el más hermoso papel dorado, arenilla azul y de plata para secar la tinta, cinta azul para coser los pliegos.» (JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Las confesiones*).

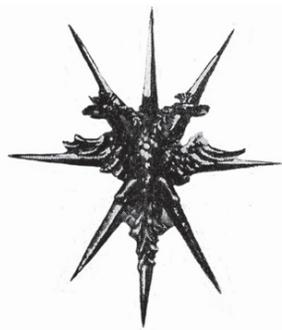
IV. SEGUNDO FAUSTO.

[...] «Hoy he hecho encuadernar el manuscrito de la segunda parte de *Fausto*, para que aparezca a mis ojos como una masa sensible. Los huecos del cuarto acto los he llenado con papel blanco, y no hay duda de que lo acabado excita a terminar lo que no está aun hecho. Estas cosas sensibles tienen más importancia de lo que parece, y hay que auxiliar a lo espiritual con toda suerte de habilidades.» (J.W. GOETHE, *Conversaciones con Goethe* - citado por Eckermann).

V. GÉRARD DE NERVAL.

«Considerando como cosa de poco valor lo que se hiciese rápidamente, Gérard de Nerval escribía en tiritas de diez líneas a lo sumo en trozos de papel unidos con lacre entre sí. De esta forma, el manuscrito de un volumen representaba unos quinientos o seiscientos fragmentos.

[...] Todo el mundo ha leído *Sylvia*, esa encantadora *nouvelle*. Cuando la estaba escribiendo fue a visitar Chantilly ocho días, únicamente para estudiar *una puesta de sol*, que le era muy necesaria. (GUILLAUME APOLLINAIRE, *Anecdóticos*).



VI. UN ESTUCHE PARA SADE EN LA TORRE DE VICENNES.

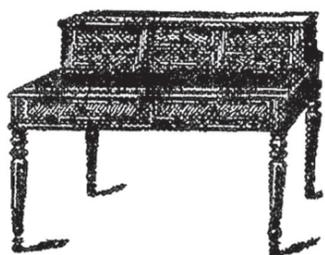
«Os mando la medida exacta de un estuche, que os ruego que me enviasteis, semejante al que me enviasteis, pero con estas proporciones, sin disminuir ni aumentar nada, teniendo cuidado de que se atornille bien por arriba, a tres pulgadas.

«No hagáis ponerle ni aros ni adornos de marfil como el que me enviasteis, porque se caen.

«Este estuche (dado que a vuestros directores hay que explicárselo todo) es para guardar planos, láminas y varios pequeños paisajes que hice con tinta roja.» (MARQUÉS DE SADE, *Carta a Mme. de Sade, septiembre de 1783 (desde su prisión en la torre del castillo de Vincennes)*).

VII. EL ESCRITORIO DE MADAME DE SÉVIGNÉ.

«Debe usted saber, señora, que tengo bajo mi custodia la mesilla de ébano en la cual Madame de Sévigné guardaba las plumas y los papeles que les servían para escribir sus cartas sin par. Fue guardada en un pueblo cercano a Grignan, por un anciano que se encargaba de arreglarle las plumas a la marquesa. Los descendientes de este hombre previsor regalaron la mesita, el año pasado, a M. Selwyn, verdaderamente digno de poseer una tal reliquia. Es una mesa poco elegante, débil, resquebrajada, que no nos da en absoluto idea de la aguda *légèreté* de su dueña, del mismo modo que el mohoso hueso de un santo no nos da idea de la unción de sus sermones. Tengo plenos poderes para restaurarla a mi gusto, aunque, en realidad, tendrían que haberme autorizado para encerrarla en una vitrina que le sirviera de relicario, como si fuese una preciosa joya de oro y piedras preciosas.» (Carta de HORACE WALPOLE dirigida a una amiga).



VIII. PROCEDIMIENTO DE MATURIN.

«Prefería entregarse a sus escritos en un salón lleno de gente, en medio de las discusiones más estrepitosas. Para no caer en la tentación había tomado la precaución de cerrarse los labios con liga. A veces ostentaba en la frente una hostia roja para dar a entender que estaba sufriendo las angustias de la composición literaria.» (Citado por ANDRÉ BRETON en Situación de Melmoth, prólogo a la reedición de Melmoth el errabundo).

IX. RESISTENCIA DEL OBJETO.

«Maupassant apoyaba en su brazo un portafolios de abogado, lleno de papeles. Lo abrió y me mostró las hojas:

« — He aquí las primeras cincuenta páginas de mi novela *l'Angélu*. Desde hace un año no he podido escribir ninguna otra. Si al cabo de tres meses el libro no llegara a estar terminado, me mataré.

[...] «Desde los primeros días del mes de diciembre de 1891, que habrían de preceder a la catástrofe, Maupassant, enfermo desde hacía largo tiempo, comenzó a mostrar señales de inquietud. Tenía fiebre: hablaba y se desplazaba nerviosamente: aquello no era habitual en él. A partir de ese momento su doméstico, el fiel François, comenzó a intranquilizarse. Una noche, el valiente muchacho fue despertado por varias detonaciones; corrió de inmediato al cuarto de su amo y lo encontró tranquilo y frente a su ventana, a punto de efectuar disparos hacia la nada de la noche. Lo hacía sin mirar, al azar...» (ALBERT LUMBROSO, *Souvenirs sur Maupassant*).

X. MEDITACIÓN SOBRE UN PALO DE ESCOBA.

Esta parodia fue compuesta por Jonathan Swift en circunstancias verdaderamente deliciosas.

Se encontraba en la casa de lord Berkeley, en la que se desempeñaba como capellán y donde estaba obligado a asistir a lady Berkeley en sus lecturas religiosas. Ella admiraba las Meditaciones de Boyle, que desagradaban profundamente a Swift. Un día, Jonathan Swift insertó en el libro del moralista una hoja con este sermón de su autoría y, con la mayor seriedad del mundo, lo leyó a lady Berkeley como si fuera una meditación de Boyle.

«Este simple palo que veis ahí, yacente, sin pena ni gloria, en ese rincón, antaño lo he visto floreciente



en un bosque: estaba rebosante de savia, cubierto de hojas y enramadas; pero ahora sería en vano que el arte diligente del hombre pretendiese luchar contra la naturaleza, restableciendo este manojito de astilla a su tronco desecado: a lo sumo no es más que lo contrario que era, un árbol invertido, un árbol patas arriba, con sus ramas en la tierra y la raíz en el aire; en el presente, en las manos de cada fregona, de la que es esclavo, y, por un capricho del destino, su misión es mantener aseados a los otros objetos y ser él mismo una porquería: finalmente, usado hasta el cansancio por los sirvientes, es arrojado a la calle, o condenado, como último servicio, a encender el fuego: Cada vez que contemplo este espectáculo, no puedo dejar de suspirar y de decirme a mí mismo: **CIERTAMENTE, EL HOMBRE ES UNA ESCOBA.**

«La naturaleza lo crea fuerte y vigoroso, en una condición próspera, llevando sobre su cabeza sus propios cabellos, verdadero ramón de este vegetal dotado de entendimiento, hasta el día en que el hacha de la intemperancia viene a derribar sus ramajes florecidos, no dejando en su lugar sino un tronco enjuto. Entonces recurre al arte y se pone una peluca, jactándose de ostentar un manojito de pelos artificiales (completamente cubierto por el polvo), que jamás había florecido en su cabeza; pero, en ese momento, si nuestra escoba tuviese la pretensión de alardear, arrogante con sus despojos de abedul y toda cubierta de porquería, y llegase desde la cámara de la más bella dama, ¿no tendríamos razón en ridiculizar y despreciar su vanidad, como jueces parciales que somos, tanto de nuestras propias perfecciones como de los defectos de los demás?

«Pero consolaos en pensar que una escoba es el emblema de un árbol cabeza abajo; ahora decidme, os lo ruego, qué es un hombre sino una criatura dada vuelta, con sus facultades animales perpetuamente

avasallando sus facultades intelectuales, con la cabeza en lugar de los talones, iarrastrándose en el polvo! «Y sin embargo, pese a todas sus faltas, gusta erigirse en juez universal, reformador de los excesos,, desfaceador de entuertos, escudriñando en todos los escondrijos inmundos de la naturaleza, mostrando a la luz del sol la corrupción oculta, levantando una considerable polvareda allí donde antes no la había, tomando todo el tiempo su buena tajada de esas mismas poluciones que pretendía hacer desaparecer: sus últimos días transcurren a los pies de las mujeres y generalmente de aquellos que son los menos merecedores: finalmente, desgastado hasta el tarugo, como su hermana la escoba, es arrojado a la puerta, o utilizado para avivar el fuego con el cual otros habrán de calentarse.» (JONATHAN SWIFT, *Meditaciones sobre un palo de escoba*, 1710).



XI. RECURSOS PARA LEER.

Encerrado por poseer libros de ocultismo, en la prisión veneciana de los Plomos, Casanova encuentra la manera de proporcionarse un poco de luz para sus lecturas.

«La posesión de una miserable lámpara de cocina me hubiera hecho feliz; pero, ¿cómo arreglarme para procurarme aquél goce? ¡Oh, noble prerrogativa del pensamiento!, ¡me juzgué dichoso cuando creí haber encontrado el medio de procurarme aquél tesoro! Para construir la lámpara, yo tenía necesidad de los ingredientes que debían componerla: un vaso, mechas, aceite, pedernal, eslabón, yesca y pajuelas. El vaso podía ser una escudilla y yo tenía la que me servía para hacer cocer los huevos. Bajo el pretexto de que el aceite ordinario me incomodaba, hice comprar aceite de Luca para mi ensalada; mi colcha de algodón podía suministrarme mechas. Fingí padecer un dolor de muelas y dije a Laurencio [*el carcelero*] que me hacía falta piedra pómez; pero no sabiendo qué era lo que le pedía, le dije